

SAN MARTÍN SALA, Javier: *Antropología Filosófica I. De la Antropología científica a la filosófica*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2013, 431pp.
<http://dx.doi.org/10.6018/daimon/185181>

Antropología Filosófica I. De la antropología científica a la filosófica es la primera parte del manual que el profesor Javier San Martín Sala ha confeccionado para alumnos de la asignatura Antropología Filosófica en Universidad Nacional de Educación a Distancia. Además de ser una publicación didáctica, es un libro apasionante, en constante diálogo con la actualidad filosófica y científica, que expone tesis filosóficas del propio autor y que mantiene una gran claridad y orden expositivos. El volumen está dividido en tres unidades didácticas. Las dos primeras, publicadas anteriormente, presentan algunas novedades. La tercera, que funcionaba hasta el momento en forma de apuntes para los estudiantes, se ve ampliada con la aparición de un importante nuevo capítulo, el XI. En la primera unidad didáctica se aborda la especificidad de la antropología filosófica en su articulación interna con la filosofía por un lado, y con las ciencias por el otro. La segunda parte ofrece un recorrido histórico a través de las distintas concepciones acerca del ser humano, pues la tradición es para San Martín una gran interlocutora. Por último, la tercera unidad entra en diálogo con la antropología biológica, que estudia al ser humano en lo que tiene de animal.

«El sentido global de este tomo es mostrar la legitimidad y necesidad de un discurso filosófico sobre el ser humano — que no es otra cosa la antropología filosófica — partiendo de las ciencias naturales y sociales» (p.18). El manual constituye pues una propedéutica necesaria, ya que el estatus de la antropología filosófica puede resultar problemático. De esta manera, en la primera unidad didáctica se sientan los cimientos de la antropología filosófica, que se abre espacio

entre las ciencias que se ocupan del hombre (biología, antropología física y cultural, historia) por un lado y la filosofía por el otro, sin que se llegue a negar en ningún momento la particularidad de ninguno de los tres ámbitos. Todo ello constituye a la vez una exposición de la trayectoria intelectual de San Martín.

Lo definitorio de la filosofía es para San Martín «que el discurso iniciado afecte a la totalidad del ser, de la verdad y del mundo, de un modo que pretende trascender todos los condicionamientos particulares.»(p. 46) En su definición de filosofía, el autor conjuga el pensamiento husserliano con sus amplísimas lecturas de otros pensadores. Se trata de una disciplina que nace en el seno de una comunidad histórica y que sin embargo radica en el ansia del ser humano por alcanzar el saber universal. No se contenta con la investigación de un objeto definido, como las ciencias, sino que apunta hacia el ámbito que posibilita la actividad científica misma. Frente a las ciencias guardará, y en esto insiste especialmente San Martín, una relación especial con su propio pasado, viendo este no como un punto superado en el desarrollo progresivo hacia la perfección, sino como parte de su campo. Lo mismo cabe decir del futuro. La filosofía tiene una vertiente teórica que se ocupa de las condiciones de verdad y el sentido, y que sería una interlocutora de las ciencias. Estas se ocupan de un objeto bien definido y en él se agotan, ya que no analizan las condiciones de posibilidad de su propio paradigma y no lo cuestionan. Pero además, la filosofía tiene una destacable función práctica, en tanto que «sirva para entendernos sobre nosotros mismos y con los otros» (p.45) y propone un sistema de fines que otorgan sentido a la existencia humana (ibid). Y es que cada filósofo

emprende el camino de trascender sus condiciones particulares y aspira a ser *funcionario de la humanidad* — papel que al pensador le otorga justamente Edmund Husserl.

Según San Martín, la antropología filosófica empieza a operar en la actualidad como «filosofía primera» (véase por ejemplo p. 18). Entraña una cierta circularidad, pero virtuosa, no viciosa, pues el ser humano, esforzándose por comprenderse a sí mismo, tiene que comprender a su vez todo lo que entra en el campo de su experiencia, en última instancia el mundo entero, ya que «no es una realidad entre otras, sino que es una realidad a la que todas las demás se refieren» (p. 100). Este cariz fenomenológico está presente en todo el libro, y contribuye a una concepción ontológica, metafísica y moral de la antropología, lo cual distancia a San Martín de la crítica antiantropológica de Heidegger, hasta tal punto que afirma que «si la filosofía ha de ser posible, ha de haber una antropología no científica ni teológica» (p. 34), una antropología filosófica. Esta es un saber basado en el método de análisis conceptual de la experiencia propia (p. 97) y hermenéutica en su proceder. Está en diálogo continuo con las ciencias, pero nunca puede disolverse en ellas: de hacerlo, daría paso a un relativismo burdo sin una instancia crítica ni moral desde la que rescatar lo universal que subyace a toda ciencia.

Tal vez el punto más interesante de esta parte es la relación entre la antropología filosófica y las ciencias que tienen al hombre por su objeto, pues de haber unas ciencias que explicaran exhaustivamente qué es el ser humano, el discurso filosófico sobre él sería una duplicidad superflua. San Martín articula positivamente esta relación; no en el sentido de que la antropología filosófica otorgue a las ciencias el sentido del ser humano, del que ellas de por sí carecen. Y es que, lejos de tener una visión banal de

las ciencias, el autor argumenta que estas sí tienen una comprensión del ser humano como tal. El problema es que «normalmente conciben su perspectiva como omnicomprendensiva de cualquier otra perspectiva (...)» (p.235). La antropología filosófica permite superar la parcialidad que les es inherente e ir más allá, articulando críticamente la concepción científica del ser humano y dotándola de una comprensión práctica y ética.

Pero la mayor novedad de la Unidad estriba en la apertura de la antropología filosófica a la historia, y el diálogo que el autor mantiene con la tesis de Adorno y Marcuse, según la cual la antropología filosófica, al buscar la naturaleza humana, niega por su propia constitución la filosofía de la historia. Esta visión, basada en una comprensión de la antropología filosófica al estilo de las antropologías alemanas del principio del siglo XX, sostiene que la antropología filosófica «se vuelve a la naturaleza presentándose como alternativa a la filosofía e la historia» (p.134); al no dar cuenta del carácter procesual de la humanidad, rozaría — en la interpretación que parece estar latente en Adorno — un terreno peligroso de fundamentación de teorías antropológicas de la raza o esencia. Según esta interpretación, la antropología filosófica está estancada en una visión determinada del ser humano que da la espalda a lo verdaderamente esencial desde el punto de vista filosófico. San Martín rebate esta tesis demostrando que de hecho la antropología filosófica está lejos de esta visión. Solo operando con una concepción del hombre como realidad abierta a nuevas posibilidades, como trascendiéndose a sí mismo, es posible una antropología filosófica que atienda por un lado al desarrollo fáctico histórico de la humanidad a la vez que ofrezca una visión crítica de lo que el hombre es.

La segunda unidad analiza la imagen del hombre constituida por la tradición, desde los

elementos aportados por la cultura hebrea, griega y cristiana, hasta los maestros de la sospecha del siglo XX y la imagen científica del ser humano. Se detiene en particular en el momento en el que la antropología filosófica hace su acto de presencia, esto es, en la filosofía de Kant. San Martín ordena los múltiples sentidos de la antropología que maneja el filósofo de Königsberg y analiza la totalidad de obra kantiana bajo el aspecto antropológico-filosófico. Insiste en que la inquietud de Kant por el hombre no se materializa solo en lo que hoy serían una antropología biológica y cultural (fisiológica y pragmática en la terminología del filósofo), sino que pronto se perfila una oscilación de términos (antropología pragmática o práctica) que finalmente concluye en la inauguración de un saber filosófico de talante profundamente práctico, que sería lo que hoy llamamos la antropología filosófica: «(...) Parece que Kant siempre quiso elevar la antropología, de un saber meramente para la prudencia o perspicacia, a un saber propio del sabio» (p.199). La filosofía kantiana muestra una creciente preocupación por el puesto del ser humano en el cosmos y, por eso, ya en lecciones de 1772 y posteriormente, se perfila una comprensión práctico-moral de la antropología: «esa antropología filosófica es o implica una ética y viceversa, que no hay ética sin fundamentación antropológica.»(p. 194). Por eso Kant puede afirmar que la antropología implica la sabiduría. Este profundo análisis de la filosofía kantiana en clave antropológico-filosófica es incorporado en el pensamiento de San Martín para responder a las objeciones a las que se enfrenta la fenomenología.

La unidad avanza, analizando las aportaciones de los pensadores a la antropología filosófica a lo largo de los siglos XIX y XX. Además, incluye un importante capítulo sobre los desarrollos de la antropología filosófica en el ámbito hispano, tanto entre los pensadores vinculados a la Escuela de Madrid, como entre

los pensadores en exilio. El último apartado está dedicado a la imagen del hombre que opera en las ciencias que pretenden explicar al ser humano, como la biología, la psicología o la antropología. Esto se corresponde con la convicción de San Martín de que la filosofía ha de analizar críticamente las ciencias, pues «una vez que existen las ciencias del hombre se hace inevitable la filosofía del hombre» (p.235) para superar su pretensión de agotar la esencia del hombre.

Justamente la tercera unidad didáctica, la más amplia de las tres, se hace cargo del análisis de la biología, cuyas pretensiones de dar con una «definición objetiva de lo que significa ser humano» (p. 253) han influido enormemente en la imagen que tenemos del hombre. La unidad recorre un vasto campo bibliográfico; partiendo de la imagen biológica del hombre, el autor analiza la teoría darwinista y sus desarrollos posteriores, se adentra en las teorías paleontológicas para concluir con una observación crítica acerca de la imagen del ser humano que opera en estas ciencias. Advierte que, aunque los indudables avances en la reconstrucción del proceso de hominización permiten comprender el origen de varias de las capacidades humanas, no debemos sucumbir a un naturalismo en lo moral o en lo cognitivo (p.e., pp.322 y siguientes). No obstante, la biología sí nos permite comprender qué es lo que somos y tiene algo que decir a los filósofos.

San Martín cita importantísimos avances de las últimas décadas; por ejemplo, las explicaciones sobre el cambio que se opera en *Ardipithecus* y que sitúa la sexualidad en el centro de la evolución. Rebate así la tesis de Alsberg/Blumenberg (véase p. 331) que veía en la postura erguida el índice del uso de armas. Por contra, el autor insiste en que no hay vestigios de este tipo de herramientas, aunque haya bipedismo. Vincula la postura erguida a un cambio en la sexualidad:

el ocultamiento del periodo de fertilidad en las hembras. Esto conduce a la separación de la reproducción y el sexo: el placer «ha dejado de estar vinculado a la ovulación o celo» (p.325). La importancia crucial de este cambio radica en que se trata de la introducción de lo (proto)biográfico en el sentido orteguiano en la vida de los primates: el ocultamiento del celo implica que las hembras pueden elegir al macho que cuide de los hijos y que, en última instancia, tiene lugar una cierta planificación vital. Esto permite comprender cómo, gracias a la modificación en el modo de reproducción y el inicio de una vida en parejas estables, este antepasado pudo separarse del tronco común y dar lugar a una nueva línea, la línea humana.

Cabe mencionar también un tema sobre el que en el siglo veinte llamaron la atención varios filósofos: la técnica. Frente a una recurrente definición del hombre por su relación con la técnica (p.e. en Ortega o en Heidegger), San Martín apunta a que hay indicios de hominización en un momento decididamente anterior al uso de la razón que permite el uso de las herramientas (pp.337- 338). El cambio en la sexualidad conlleva modificaciones que indican que «el sexo permite a los humanos un deleite biográfico muchísimo antes que el desarrollo del cerebro» (p.339). Este postulado tiene importantes consecuencias para la antropología filosófica, que ha de plantearse cuáles son los factores definitorios de lo humano frente a lo inhumano, más allá de la razón técnica.

La antropología filosófica tiende además a establecer una división tajante entre los seres humanos y *los pobres de mundo*, en palabras de Heidegger. Pues bien, parece ser que la ciencia biológica nos enseña que hubo y hay destellos de una vida consciente, ciertamente no tan plena como la de los seres humanos de ahora, anteriores a la técnica y

la razón. La pobreza del mundo abarcaría a lo sumo a los «insectos, puede incluir algunos vertebrados, pero difícilmente a todos los pájaros, y en ningún caso a los primates» (p.392). Esta posición viene a abogar por un concepto más amplio de la conciencia, a la vez que pide distanciarse del concepto de naturaleza humana pensado desde el *homo faber* e integrar en él también su *animalidad*.

Pero aunque San Martín cree que el análisis de cómo se dio de hecho el paso al *homo sapiens* y qué elementos lo hicieron posible (lenguaje, adelantamiento del parto, postura erguida, sexualidad y los cambios que esto conlleva) tiene mucho que decirle a la antropología filosófica, deja también clara su negativa a todo intento de falacia naturalista que reduzca la cultura y las normas éticas a lo biológico y genético. Es cierto que la oposición entre ambos ámbitos no es tajante (véase p.318 sobre la base genética de altruismo), pero no por ello se trata de lo mismo. En lo cultural y moral se acaba la capacidad de la biología de explicar al ser humano; este, su determinada apertura a la realidad, no es tematizable por las ciencias (p. 386). En su análisis filosófico del ser humano, San Martín destaca dos rasgos definitorios de la naturaleza humana: «por un lado, *la relación a la verdad y realidad*, y por otro, *el reconocimiento del otro como persona*.» (p.398) Rasgos que, por cierto, se corresponden con los dos grandes aspectos de la filosofía, el teórico y el práctico.

El libro es, en suma, un gran manual de estudio. Pero es también un ejercicio de filosofía, en la que el autor se muestra como un fenomenólogo que hace antropología filosófica en continuo diálogo con lo que los distintos saberes sobre el ser humano puedan ofrecerle, sin caer en una reducción naturalista de la conciencia ni de la moral.

Agata Bak, UNED, agat.bak@gmail.com